

En torno a un disco

Hace unos días, y casi podría decir que por casualidad, tuve la suerte de poder oír una versión para mí desconocida, del ya veterano «Star Dust».

La célebre melodía de Hoagy Carmichael, estaba interpretada por la gran vocalista Dinah Shore, la cual, acompañada por Paul Laval y sus diez Woodwindy, de la Sociedad de Música de Cámara de la N. B. C. de Lower Basin Street—y de una manera muy discreta—hace que esta cara del disco sea escuchada con verdadero interés. Al dorso, y también por Dinah Shore y Henry Levine, con su octeto Dixieland, interpretan la composición de Ellington «Sophisticated Lady», por cierto muy bien lograda.

Dinah Shore, una vez más, logra un punto para su haber. Se hace acreedora de todos los títulos que sus fervientes admiradores le han otorgado.

Los amigos que estábamos escuchando el disco, el día de referencia, tuvimos una gran alegría y satisfacción y uno de ellos se expresó del siguiente modo: «No hay duda, es la reina de las vocalistas.»

Desde luego, puede dársele este calificativo. Pero creo que Bessie Smith también se lo merece y dos reinas en un mismo trono es una cosa que nunca se ha aceptado. Mejor es, pues, dejarla en: «Una de las mejores entré las mejores.»

* * *

Ciertamente, la limitación dentro de un círculo determinado, produce unos conocimientos más elevados que si se pretende llegar a la ubicuidad.

En jazz, por ejemplo, el querer abarcar en todo los diferentes estilos que existen,

produce una amalgama, una confusión, que no es tampoco recomendable.

No pueden ir unidas Dinah Shore y Bessie Smith con Betty Grable y Frances Langford. Mucho menos Benny Carter y Louis Armstrong, con Benny Goodman y Nat Gonella. Es tan difícil compaginarlos, unirlos en un mismo criterio, que raramente hemos oído una opinión favorable de ambos, expresada por un mismo individuo.

En uno de mis anteriores escritos, hablaba de «Lo intermedio». Quizá este caso, se pueda relacionar con aquél. Desde luego, los primeros, expresándonos siempre en términos jazzísticos—son superiores a los segundos.

El escuchar sus grabaciones produce una satisfacción, que no nos es dable obtener con Betty Grable y Nat Gonella. No pretendo remachar el clavo por la cabeza. Es una razón que cae por su propio peso. Quizá se crea que sólo queremos hacer prevalecer nuestra opinión. No es tal nuestra intención.

Las filigranas musicales de Nat Gonella, los innecesarios movimientos de malabarismo y los horripilantes «solos» de Betty Grable, son vacíos. Sin un fondo espiritual. Faltos del necesario sello del buen jazz. No negamos que, como bailables, sean excelentes las grabaciones de estos artistas.

No hay ni que decir que un arte, precisamente por serlo, ha de prescindir de la fórmula material y ficticia en su expresión y facetas varias. Por tanto, si así ha de ser, es obvio el querer comparar el jazz comercial con el puro, sin prejuicios monetarios.

* * *

Dinah Shore, en su magnífica interpre-